
ACERCA DE LA HIPERPOLÍTICA QUINTACOLUMNISTA

 ENRIQUE SANTOS UNAMUNO

Me sumo al cuerpo virtual de Cibergólem, agradeciendo a sus vísceras animadoras el poder metabolizarme en este homúnculo digital infiltrado en las arterias informáticas.

Empezaré por los aspectos de la hiperpolítica quintacolumnista que mayor perplejidad despiertan en mí, tal y como se desprenden del *manifiesto* de Cibergólem. A decir verdad, me causa desazón encontrarme a un vocero de la filosofía *neocons* en el origen del término que nos ocupa. Hablo de Peter Sloterdijk, cuyas alusiones a los *últimos hombres* y a la *primera política* me recuerdan a las malentendidas consignas del peor Nietzsche. Alguien que recoge el odio por la *masa* destilado por los elitistas de Frankfurt y se encomienda a Canetti sin mencionar ni siquiera a Ortega (que no es santo de mi devoción), no me parece un buen punto de partida para afrontar una reflexión en torno a la revolución convertida en rebeldía. Desconfío de los héroes y de las consignas, pero si he de guarecerme bajo las frases y las definiciones, dejadme elegir aquello de que *no existen masas sino diferentes formas de ver a los demás como masa*. Prefiero a Raymond Williams antes que al amigo Sloterdijk.

Tampoco me deja indiferente la palabra *pueblo*, un comodín vacío de contenido que se ha ido desinflando hasta quedar reducido a un puro *flatus vocis* o, peor, un deíctico al servicio de quien lo enuncia (una de las múltiples hipótesis de ese terrible *nosotros*). Y, por seguir con la lista de perplejidades, desconfío de marbetes como el del *fin de la historia*, o de contraseñas paralizadoras como la que late bajo *el fin de las ideologías políticas*.

Al *pueblo*, a la desconfianza respecto a *ideologías* superadas, a la *ciudadanía* anónima, prefiero los mapas de la sociología y de la historia. Consumos, gastos y gustos, campos, *habitus*, distinción. En palabras de P. Bourdieu, conversión de diferencias de hecho en diferencias de valor. El ficticio terreno de la *estética*. En suma, el pus del grano de la ideología. En conclusión, hacer que quien se halla maniatado económica, mental y socialmente, esté convencido de las infinitas potencialidades de la propia vida. Sí, la hegemonía gramsciana.

Dicho lo cual, bienvenidas sean iniciativas como la de Cibergólem. Considero especialmente prometedoras y significativas premisas como activismo, quintacolumnismo, cibercultura ampliada, sobre las que me detendré a continuación.

Hace siglo y medio, Marx concluía sus tesis sobre Feuerbach con un mandado no por sencillo menos incumbente: *los filósofos han tratado de interpretar el mundo de diferentes formas, pero la cuestión es transformarlo*. Se abría la espita a la filosofía de la praxis, cuyos retos alcanzaron su máxima complejidad con M. Foucault, antes de caer en picado en manos de onanistas mentales como Lacan, Baudrillard y otros abonados a la impostura glosolálica. Creo que el activismo contemporáneo, ligado a la hiperpolítica y a las NTIC, puede beneficiarse mucho más de conceptos como el de *biopoder* que de los consabidos *simulacros* o del *declive de los grandes relatos* (letanía que corre el riesgo de convertirse a su vez, en el relato *best seller* de la contemporaneidad). El e-mail, los foros y los *blogs* han hecho más por la mentalidad *activista* que todos los mítines de los últimos 50 años.

Especialmente interesante me parece la noción de *quintacolumnismo*, la idea de infiltrarse como virus troyanos en el sistema. Es el caso de quien escribe, asentado en las «comodidades» de la universidad. El peligro de semejante viaje ha consistido en la progresiva identificación con el Otro, con el enemigo, algo que se ve muy bien, por ejemplo, y hablo de mi entorno, en el partido transversal que componen los profesores universitarios, muy numerosos en el Congreso y que han permitido y apoyado una ley inicua y caciquil como la LOU. Primero la categoría profesional y luego las cuestiones ideológicas. En el ámbito en el que me muevo, las humanidades, la situación es desoladora. Quienes manejan los

recursos, los nuevos burócratas, las contemplan como restos de un mundo en declive, mientras los propios interesados certifican esta situación dando la espalda en su mayor parte a los instrumentos de la *hiperpolítica* o la *hiperenseñanza* (aunque todos se llenan la boca con el *passepartout* de las *nuevas tecnologías*). Consecuencia, la universidad se convierte en un *hipermercado* del crédito, en manos de los primeros, en un resto patético de los baronatos decimonónicos, en manos de los segundos.

Si existe una ética hacker, creo que debe trasplantarse más allá de las redes, a las aulas, proporcionando modelos de conducta y de gestión de colectivos que contrasten de forma patente con la pasta viscosa y clientelar en la que nos movemos. No obligar a los alumnos a comprar los propios libros, poner en sus manos los instrumentos teórico-prácticos de la hiperpolítica y la cibercultura, son microacciones que tendrán sin duda más incidencia que estas reflexiones a vuela pluma. Quedaría el problema de la participación en las instituciones rectoras, que considero una cuestión personal, una vía llena de cadáveres bienintencionados.

Y llego así al último de los puntos que me interesaba comentar, la supuesta identificación entre hiperpolítica y vanguardia, entre vida y arte. Viejo sueño, el de la estetización del *mundo de la vida*. Según algunos analistas de la posmodernidad, lo estético no se halla ya en una esfera artística autónoma sino también en los *mass media*, en la moda, en los objetos de consumo. El lenguaje de los medios de comunicación se ha apropiado de los experimentos artísticos más significativos, ha fagocitado las tentativas más radicales del lenguaje poético, las artes plásticas, el cine.

Así las cosas, la hiperpolítica puede ser entendida como arte, a la manera propuesta por Cibergólem, lo que me hace pensar inevitablemente en la idea de la *literatura como residuo* expresada por H. M. Enzensberger. Hay quien cree que la autopercepción del arte como algo muerto sería una forma de seguir hacia adelante, una *actitud póstuma* respecto a la literatura y el arte (actitud reprochable, según estos partidarios del arte *comprometido*). F. Jameson, a su pesar, certificó la incapacidad de la literatura para dar cuenta de esa nueva fase del capitalismo tardío que él identificaba con la posmodernidad. Lo que nos devuelve al prefijo *hiper-* que acomuna a la hiperpolítica y al hipertexto como generadores de enlaces textuales o personales, creadores de sinergias no sujetas a la pura linealidad. No sé si la *literatura* ha muerto, pero tanto en su banal manifestación de códigos da Vinci como en su aburrida plasmación en negras espaldas del tiempo, parece haber perdido la capacidad cognoscitiva, exiliada en otros territorios, de los que quizá la hiperpolítica hipertextual puede ser un vaticinio. Ahí están los principios que presiden lo rizomático, según la vulgata de Deleuze-Guattari: conexión y heterogeneidad, multiplicidad, rotura asignificante, cartografía vs. calcomanía. El *modernism* soñó con ellos y Borges los plasmó en papel, detenido al borde de un abismo paradójico. A partir de ahí, empieza la tierra incógnita de la posmodernidad y el sentido de una quintacolumna digital que aúna arte y vida, lenguaje e hiperpolítica. No se entienda erróneamente con esto que suscribo una jovial aceptación dionisiaca del *statu quo*, una palingénesis estética a través de la cultura visual digital y de la cibercultura. Las apuestas de dicha estetización, aparentemente inocua, han de situarse en relación con los aspectos *afectivos* que la cibercultura puede potenciar o inhibir. Quizá trastos viejos como el concepto de *lo sublime* y su relación con la suspensión de las actividades intelectivas puedan ayudarnos a centrar los obstáculos con los que se encontrará una práctica hiperpolítica a la hora de infiltrarse en el imaginario social, uno de los aspectos clave del programa cibergolémico, pero también uno de los accesos más custodiados por los cortafuegos semióticos del sistema.